

"ESPEJO DEL SUEÑO"

(Especial para la "Revista del Rosario")

"Entrar en un libro de poesía es uno de los actos más misteriosos de esta nuestra vida tan llena de misterios, tan puro misterio ella misma. Al entrarnos por las aguas de un libro (de un espejo, de una locura, de un sueño...) dejamos del lado de acá las sustancias, con sus formas y sus colores reales (reales?): todo un mundo catalogado y sometido a norma. Todo esto se ha quedado lejos, allá en la vida—y muchos afanes, muchas miserias y dolores— y hemos aquí ligeros, recién creados, ciudadanos de un país de luz extraña, blanca, parpadeante." Estas palabras escribe Dámaso Alonso comentando "La voz a ti debida" de Pedro Salinas. Y es que el entrarnos detrás de nuestros ojos en un libro de poesía es siempre lo que pudiéramos llamar un ingreso al espejo. Un viaje alucinante por ese país hermético, caminando por el delgado sendero de los renglones, o navegando, vagando, divagando por esos mínimos ríos de agua blanca que son las entrelíneas en donde reside en una atmósfera de sugestión, de más allá el fantasma de la poesía que siempre se va de entre los dedos de las humanas palabras.

Este libro de Julio Barrenechea, "Espejo del Sueño", es como un pequeño valle habitado por el fino cuerpo de la brisa, por el vuelo de las melodías que una flauta dibuja sobre el lino de la mañana, por la rosa como una estrella caída y por la estrella igual a una rosa que ascendió, por delgadas criaturas bajo el ala de la luna. La luz cae "como un juego azul, cuando exprime su fruto el alba". Una niña se mueve por el libro caminando sobre el tierno césped de las palabras "como una espiga iluminada". Otra toca en el arpa sus canciones:

*"Pasean sus brazos dos cuellos de cisne
por el melodioso lago vertical."*

El surtidor levanta su voz delgada y trémula con una estrella en el final, como una "azucena de fresco sueño".

*"Creciendo con voz cantante.
Viviendo de canto y muerte
Surtiendo su fina vida
Muriendo armoniosamente."*

Hay una muchacha durmiendo que "es más bien un grupo de palomas dormidas". El sueño le presta un frágil hechizo. La rodea un encantado muro que podría derrumbarse con el más leve rumor. Su alma vaga como una golondrina blanca por una comarca de cristal. Su pensamiento vuela, evaporado en una como dorada niebla y

*"Así como el perfume lleva la flor más lejos,
haciéndola morir más allá de sus pétalos,
el sueño desvanece su cuerpo y lo prosigue,
hasta hacerlo morir en un dorado límite."*

Gozo biológico de cantar porque los días danzan al redor de nuestra vida abrazados por el talle con las noches, porque el sueño preludia sus arpas de distancia, porque una niña alza entre sus manos un amoroso trébol de cuatro hojas, porque la mañana de mañana ya está rodando por su escalerilla de estrellas para nuestra mirada, sólo para la avidez arquera de nuestra mirada, porque el agua tiende su dúctil cuerpo pegado al cuerpo azul del cielo.

*"El agua niña pide historias
de las lejanías serenas.
El cielo hablándole al oído
de historias azules la llena."*

Gozo de ser, simplemente. De estar. De existir. De mirar al mundo inclinados sobre la terraza de un verbo intransitivo. De sentir cómo la noche y su palpitación limitan con nuestra ventana. De lanzarse a la fiesta de las cosas, altos los brazos jubilosos como quien se hunde en un río. Sorpresa de tener los ojos como oídos para ponerlos sobre el leve corazón de los seres. Arrobo porque hay una doncella de cristal y es muy hermoso contemplar el mundo a través de su recuerdo. Canción de finas alas porque pasan las colegialas soñando tras la reja del traje a cuadros o entre el agua azul del uniforme azul que, luego de subir en dos tiernas ondas, desbordada como espuma la azulada blancura del cuello marinero.



Pura alegría de que haya pájaros y trigos, de que las rosas tengan rosado el pensamiento, de que la lluvia pegue su cuerpo a los cristales, de que la "niña de música" lírica prima de Carmiña Vallecelesté, haga abrir la flor del canto, allí donde caen sus ojos.

*"Alma del agua. Niña de sangre melodiosa.
En el cielo del canto eres el mediodía.
Como un vaso de música te viertes nota a nota,
Y dejas a las cosas bañadas de armonía."*

Intimo perfil de los seres. Escondida sonrisa de las cosas. Guiño amoroso del mundo ante la congoja del poeta. Todo eso quedó en el libro de Julio Barrenechea, joven poeta de Chile. Y también la fresca alabanza de su tierra chilena, tierra de huertos y riscos, de granito y de miel, tendida como una espada en reposo a la orilla del mar de Balboa, su espumoso cántico y su espuma cantarina.

Este libro es un valle azul en donde vuelan pájaros de música y canta el esencial espíritu de las cosas. O es, mas bien, la congelada luz de un espejo que refleja el sueño del poeta, grácil breviario de sus deslumbramientos, naípe de imágenes, colección de blancos instantes.

"Espejo del sueño" debiera llevar como epígrafe y resumen, aquellas palabras de Thomas Mann "Dios mío, qué bella es la vida".

En la carátula hay una viñeta. Con un recorte de cielo tiernamente azul. Con un enhiesto ciprés de vitral, como iluminado por dentro: parece que el sol lo atravesara. Y dos humanas sombras blancas, enamoradas. Y sobre ellas, una paloma, quieta y volando. Todo, como en el dulce tiempo de Gustavo Adolfo Becquer.

EDUARDO CARRANZA
*Catedrático de Literatura
en la Quinta de Mutis.*



Doctor Enrique Olaya Herrera



Historico